

nos y proyecta no se sabe qué contra España: ¡enhorabuena! que haga en el Sur lo que mas le cuadre, pero que nos deje hacer en el Norte lo que nos convenga y no se acerque demasiado á nuestras fronteras. ¿No quiere la Silesia para sí? ¿pretende dársela á algun otro que sea de mi agrado? Seguramente que no, y si la restituye á Prusia, lo cual sería la solución mas sencilla, no por esto ha de negarme lo que me tiene prometido. De lo contrario no solo defraudaría mis esperanzas sino que destruiría las de toda la nación rusa, que diría que la Finlandia no vale la pena de la guerra que por ella había de hacerse contra Inglaterra y Suecia; que yo me he dejado engañar por el gran hombre con quien conferenció en Tilsit; que á éste no se le puede tratar sin peligro ni en las negociaciones ni en el campo de batalla, y que mejor hubiera sido renunciar á la continuación de una guerra impolítica y peligrosa, separándose en paz, pero con la indiferencia y sangre fría impuestas por la distancia (1).»

Estas manifestaciones hechas á Napoleon en el momento en que proyectaba el destronamiento de los últimos Borbones de España, causaron en su ánimo una impresión mas profunda de lo que en otras circunstancias hubiera sido. En su consecuencia, se decidió á echar el resto para desenojar al czar, aunque en realidad burlándose de él, pues relacionó una negociación para el reparto de la Turquía europea con una campaña á la India que se había de emprender en la primavera de 1808.

Cuando se lee la carta que en 2 de febrero de 1808 envió Napoleon á San Petersburgo, admira la magnitud de las promesas que se atrevía á hacer á su imperial amigo. Decíale en ella entre otras cosas: «V. M. debe alejar á los suecos de las cercanías de su capital y extender cuanto quiera por ese lado los límites de su imperio. Un ejército de 50,000 hombres, rusos, franceses y quizás también algunos austriacos, que se dirigiera al Asia por Constantinopla no llegaría al Eufrates sin que Inglaterra se pusiera á temblar y se hincara de rodillas delante del continente. Yo estoy dispuesto

en Dalmacia; V. M. lo está en el Danubio: un mes despues de haber llegado á una inteligencia, el ejército podría estar en el Bósforo. El golpe repercutiría en la India, é Inglaterra quedaría sojuzgada. — Todo puede ser planteado y resuelto antes del 15 de marzo, y en 1.º de mayo nuestras tropas podrían estar en Asia y al propio tiempo las de V. M. en Estocolmo. Los ingleses entonces se verían amenazados en la India, arrojados del Oriente y destruidos por el furor de las tempestades de que está preñada la atmósfera. — Es prudente y político hacer lo que ordena la suerte é ir hacia donde el curso irresistible de los sucesos nos empuja: así ese enjambre de pigmeos que no quieren ver que la paridad con los actuales acontecimientos ha de buscarse en la historia y no en los periódicos del último siglo, tendría que inclinar la cabeza y seguir el impulso que V. M. y yo le imprimiésemos (2).»

A pesar del júbilo con que el czar y su ministro el conde Romanzoff acogieron la «vuelta de Napoleon á las grandes ideas de Tilsit,» desde el momento en que comenzaron las negociaciones para la desmembración de Turquía estalló una discordia que fué imposible apaciguar. Los rusos exigían á Constantinopla, el Bósforo y los Dardanelos, y Napoleon no podía ni quería consentir en esta exigencia (3). Mientras se seguían las interminables negociaciones sobre este extremo, decidióse el czar á tomar aquello en que Napoleon no le oponía dificultad alguna. Al efecto, envió á Finlandia un ejército de 25,000 hombres, mandados por el general Buxhovden, que fué empujando en continuos y bastante sangrientos combates á los 15,000 suecos del general Klingspor y que empezó á sitiar las plazas fuertes de la costa, entre ellas Sweaborg. Cuando el rey de Suecia, para vengarse de esta violación de la paz, hizo encarcelar al embajador ruso Alopens, el czar á su vez tomó venganza de este acto disponiendo la anexión de Finlandia á Rusia: esta fué la única ventaja positiva que del «sistema de Tilsit» consiguió Rusia, en cambio de la cual tenía que guardar las espaldas á Napoleon en su criminal empresa de España.

## LIBRO TERCERO

### REACCION DE LOS PUEBLOS Y DE LAS CORTES

#### CAPITULO PRIMERO

##### LOS ALEMANES SE CURAN DE SU IDEALISMO

«¡Alemania, Alemania, mas te asemejas á un pantano que á un mar navegable!» tal es la exclamación que en la primera elaboración de su *Götz* pone el joven Goethe en boca del emperador (4). Y cuando algun estudiante depravado de aquellos tiempos veía hundirse su estrella en el ocaso, quedábale siempre el consuelo de oír decir á Fausto, en la taberna de Auerbach: «¡Dad las gracias á Dios todas las mañanas porque no se vale de vosotros para cuidar del imperio

(1) Thiers, tomo VIII, págs. 434-437.

(2) *Corresp.*, XVI, págs. 498-499.

(3) Thiers, tomo VIII, pág. 444. Véase especialmente el escrito de Romanzoff en la propia obra, tomo VIII, págs. 449-456.

(4) Véase la parte primera.

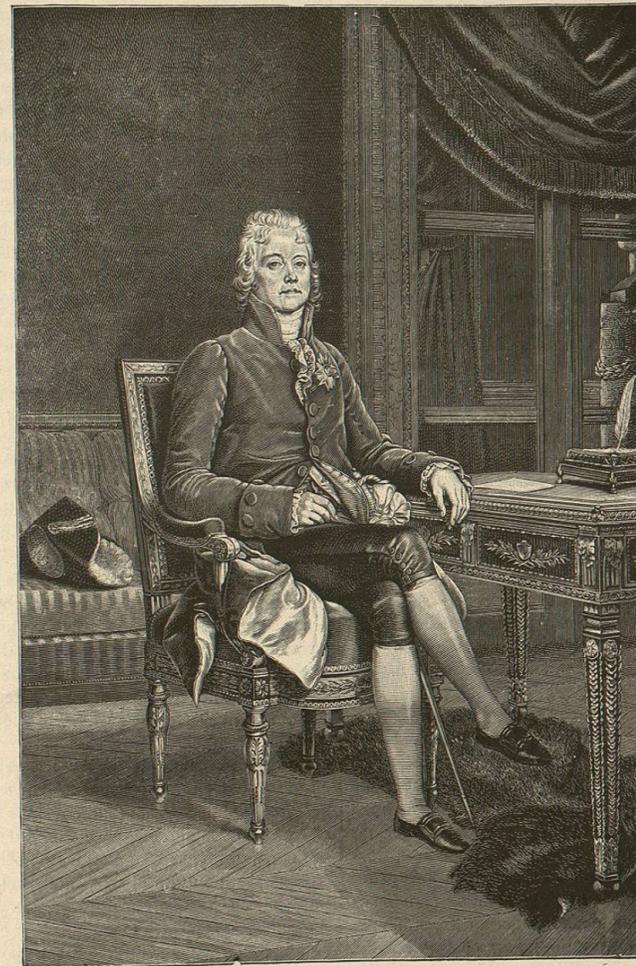
romano! Yo considero por lo menos como notable ventaja el no ser ni emperador ni canciller.» Reconocer en este reino romano una patria y en este romano imperio una monarquía nacional, que tenía derecho á exigir amor, obediencia voluntaria, entusiasmo y abnegación, era una exigencia que con indignación rechazaba la nobleza de los poetas y pensadores alemanes, pues éstos ó eran *federicianos* puros ó tenían el orgullo de no poseer patria alguna, en el sentido en que toman esta palabra los espíritus terrenales. La conmovedora confesión hecha en 1790 por el poeta tan conocedor de la moderna Alemania, bajo el título de: *Faust, fragmento, por Goethe*, y publicada en Leipzig (5), demostró á la nación cuán mal se encontraba aquella nobleza con el cosmopolitismo que la necesidad imponía, cuán débil y enfer-

(5) *Faust de Goethe, un fragmento*, recientemente publicado en su forma primitiva por W. B. Holland. Freiburg y Tubingen, 1882.

ma se sentía en su arrogancia y cuán pobre era en medio de todas sus riquezas. El corazón de un pueblo habla por boca de sus poetas, su conciencia por la de sus pensadores: este *Fausto* era obra de un espíritu tan poeta como pensador y á quien un dios le había permitido exponer los padecimientos del alma de su pueblo, que parecía tener sobre sí una maldición en virtud de la cual tenía ciencia, pero no po-

der, conocía el otro mundo, pero no éste, é ignoraba cuáles eran sus verdaderas necesidades.

El fragmento del *Fausto*, de Goethe, reproduce la república de los sabios alemanes en la víspera de la guerra de la Revolución y de la soberanía extranjera, pintándola otra en su interior inmediatamente antes de que la barca de su existencia externa se estrellara contra los escollos. Una cien-



Talleyrand, príncipe de Benevento

Del grabado de Augusto Gaspar Luis Boucher Desnoyers (1779-1857); cuadro original de Francisco Pascal Gerard (1770-1837.)

cia de humanidades corporativa que no cree en sí misma, que se ha extraviado en sus ideales, que nada puede ofrecer ya al entusiasmo de la juventud, y que es incapaz de evitar su degeneración en rudeza y en inmundicia; tal es el cuadro que Goethe, como estudiante, grabó en su inteligencia en Leipzig y después reprodujo con verdad conmovedora en su *Fausto*. Goethe encontró en el Fausto de la leyenda, de los libros populares y de los polichinelas, un sabio hechicero y maestro de brujas, aliado con el diablo, y supo ennoblecer este modelo poco puro con un texto inmortal, en el cual ocultó como en una arca para la posteridad la suma de to-

das las tareas poéticas y filosóficas de su vida. El estado del alma nacido de la pérdida de la confianza en la ciencia no lo encontró Goethe ni en la leyenda del Fausto ni en otro colaborador alguno: únicamente podía exponerlo y apreciarlo el que á sí mismo se sobreviviera, como sucede en el poema, y solo á un genio como el suyo le era dado realizar esta obra. ¡Desesperar de la ciencia! ¡Cuán pocos saben lo que esto significa! Pero los que lo saben comprenden todo lo que en la obra de Goethe hace Fausto, oprimido y dolorido por aquella desesperación. Su primer monólogo descubre el fondo del alma de un hombre que ha estudiado uno tras

otro todos los ramos del saber para llegar á lo mas hondo de la ciencia y que al fin descubre que ésta no solo es impenetrable para él, sino que es esencialmente inexcrutable. Por esto se ha convertido en investigador que solo sabe con seguridad una cosa, y es que no podemos saber nada; se ha hecho maestro académico que no cree poder enseñar ni mejorar, ni convertir, á pesar de poseer mas conocimientos que todos los pedantes, doctores, maestros, escritores y sacerdotes. El estudio, la enseñanza, la vida misma son para él un martirio, un tormento, y no pudiendo llegar por los caminos naturales al descubrimiento del enigma del ser y del nacer, procura llegar á él por medios sobrenaturales.

«Por esto me he dedicado á la magia, para ver si por la fuerza y la boca de un espíritu llevo al conocimiento de algun misterio; para no tener que confesar «con el sudor de mi frente» que nada sé; para conocer lo que en sus mas recónditas entrañas encierra el mundo, y para apreciar todas las energías y todos los gérmenes sin curarme de palabras inútiles.»

Entonces se entrega al diablo, el cual abre ante sus ojos un nuevo mundo; y el primer acto del rejuvenecido es la seducción de una jóven que, en su inocencia, pierde su honra, y una vez caída, desciende hasta el crimen y muere loca.

A la noción de la existencia, que se manifestó primero en aquella desesperación y luego en este extravío, faltábale algo que para el individuo, como para todo un pueblo, señalase el objeto seguro de la vida. Este algo lo tuvo el príncipe heredero Federico en su prision de Kustrin y con él sintió elevarse todo su sér, reconciliándose por esta nueva vida del espíritu con su padre y con su propia sangre ardiente, y así subió al trono exclamando: «¡Adios, versos y conciertos, adios, placeres, adios, Voltaire, mi deber es mi dios supremo!» Por la manera cómo elevó el deber á la categoría de estrella polar, guia de toda su existencia y de todos sus pensamientos, hizo regenerador del Estado monárquico y creador de un idealismo práctico, al cual debió la nación alemana en tiempos muy posteriores la doble fortuna de una monarquía nacional y de una nación monárquica. La moral del cargo de rey, que este monarca, el mas grande de todos, predicó hasta sus últimos momentos, necesitaba un intérprete que encontrara la verdadera expresión para sus elementos puramente humanos, y este intérprete fué un contemporáneo que estaba convencido de su propio valer cuando siguiendo el vuelo de las ideas del regio pensador escribió en su *Análisis de lo sublime* las siguientes palabras: «Cuando el gran rey dice en una de sus poesías: «Dejad que abandonemos esta vida sin disgusto y sin arrepentimiento despues de haber sembrado nuestros beneficios en el mundo: el sol, cuando ha recorrido su diurna carrera, todavía baña el cielo con una luz suave y los últimos rayos que despide son sus últimos suspiros por el bienestar del mundo,» cuando esto dice, repito, anima su idea racional relativa al sentimiento cosmopolita aun en el ocaso de su vida con un atributo que se asocia á la fuerza imaginativa de aquella nación y despierta una multitud de sensaciones y de ideas accesorias para las cuales no encontramos expresión alguna (1).»

Manuel Kant - porque de él es de quien se trata - recorrió triunfalmente dos mundos á guisa de descubridor y de conquistador. En palabras que merecen ser meditadas los indica de la manera siguiente: «Dos cosas hay que por mucho y muy detenidamente que se las estudie siempre llenan el ánimo de admiración y de respeto nuevos y cada vez mas intensos: el

(1) Kant: *Crítica del juicio*, 1790. Sus obras publicadas por Rosenkranz y Schubert, Leipzig, 1838, tomo IV, pág. 187.

cielo tachonado de estrellas fuera de mí, y la ley moral dentro de mí.» A los treinta años dió un salto de sin igual temeridad, publicando en 1755 la obra titulada: *Historia natural general y teoría del cielo, ó ensayo de la constitución y origen mecánico de todo el edificio del Universo, segun las teorías newtonianas*. También dió por espacio de cuarenta años lecciones sobre la historia natural de la tierra (2). Por medio de la investigación científico-natural del mundo físico, que constituye la vivienda y la casa de educación de la humanidad, abrió el camino para llegar á la historia natural de ésta y del hombre; y despues que habiendo recorrido todo este camino hubo distinguido lo que ante él se presentaba confuso, á saber, «el creer, el pensar y el saber,» se ofreció ante su vista lo que era la verdadera filosofía y escribió cuando su laboriosa y fecunda existencia tocaba á su fin: «En la crítica de la razón pura he aprendido que la filosofía no es simplemente una ciencia de imágenes, nociones é ideas ó una ciencia de todas las ciencias, ó por lo menos algo parecido, sino que es una ciencia del hombre, de su imaginación, de su pensamiento, de sus actos: ha de presentarnos al hombre en todos sus elementos componentes, tal cual es y debe ser, es decir, en sus dotes naturales y en sus relaciones de moralidad y de libertad (3).»

Un año despues de terminada la guerra de los siete años, expuso unas «Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y de lo sublime» como ningun pensador alemán las habia expuesto antes que él; en ellas decía: «Arrostrar los peligros por nuestro derecho, por el de nuestra patria y el de nuestros amigos es una acción sublime (4).» Veinte años despues, en 1784, dió la contestación siguiente á la pregunta: *¿Qué es la civilización?* «La civilización es el éxodo del hombre de una menor edad á él mismo imputable: la menor edad es la imposibilidad de servirse de la propia inteligencia sin ajeno auxilio. - ¡Sapere aude! ¡Ten valor para servirte de tu propia inteligencia! tal es el lema de la civilización.» En la misma obra preguntaba luego: «¿Vivimos en una época civilizada?» y contestaba: «No, pero sí en una época de la civilización, pues el hombre «tiene ahora campo abierto» para servirse bien y seguramente de su inteligencia en materias religiosas, y «los obstáculos que se oponen á la civilización universal van siendo cada dia menores.»

«En este concepto, la presente época es la época de la civilización ó la época de Federico. Un príncipe que no juzga indigno de sí decir que considera como un deber el no prescribir nada á los hombres en materias de religion dejándoles, por el contrario, en este punto en libertad completa y que rechaza por lo mismo el arrogante nombre de tolerancia, es un hombre civilizado y merece que los contemporáneos y la posteridad agradecidos le ensalcen por haber sido el primero en sacar á la humanidad, á lo menos por parte del gobierno, de la menor edad en que se encontraba, dejando á cada cual en libertad de servirse de su propio juicio para todo lo que sean cuestiones de conciencia (5).»

Kant exigía del poder del Estado libertad para el derecho de pensar con independencia, derecho cuyo ejercicio era por él considerado como mandato imperativo en la época de civilización. Al lado de este derecho colocaba otro, á saber: el de proceder segun la ley moral que «nos manda fomentar

(2) Véase Dietrich: *La filosofía kantiana en la historia de su desenvolvimiento interno*, tomo I, Kant y Newton (Friburgo y Tubinga, 1885). La conformidad que existe entre la Etica de Kant y la de Adam Smith en su obra: *Adam Smith y Manuel Kant*, tomo I, Leipzig, 1877.

(3) *Lucha de las facultades*, 1798. Apéndice del capítulo I.

(4) Sus obras, tomo IV, pág. 409.

(5) Obras, tomo VIII, pág. 143.

el bienestar universal en nosotros y en los demás,» segun dice al final de su *Crítica de la razón pura*. El idealismo del deber y de la vida ajustada al deber, la majestad del «imperativo categórico» y el sentimiento de la misma condición de éste han sido tratados por Kant con aquella elocuencia que solo puede nacer de un firme convencimiento, el cual no puede brotar mas que espontáneamente. Por esto dice en su *Crítica de la razón práctica*, que apareció por vez primera en 1788 (1):

«¡Deber, nombre sublimemente grande que no contiene nada que halague al ser querido, que pides sumisión, pero que no amenazas con nada que despierte en el ánimo repugnancia natural ni que le atemorice, para mover su voluntad, sino que estableces simplemente una ley que por sí misma penetra en el espíritu y por sí misma y aun contra la voluntad se conquista la admiración (aun cuando no siempre sea seguida), ley ante la cual enmudecen todas las inclinaciones, por mas que secretamente trabajen en contra de ella, ¿qué origen puede haber que al tuyo se iguale y en dónde se encuentra la raíz de tu noble linaje, que rechaza con altivez toda afinidad con las pasiones y cuya descendencia es la condición indispensable de aquel valor, único que á sí mismos pueden darse los hombres? Nada puede ser menor que lo que eleva al hombre por encima de sí mismo (como una parte del mundo de los sentidos) y le enlaza á un orden de cosas que solo la inteligencia puede imaginar y que tiene debajo de sí á todo el mundo sensual: aludo á la personalidad, es decir, á la libertad y la independencia del mecanismo de toda la naturaleza. Esta idea de la personalidad, que es muy digna de atención y que nos pone de manifiesto ante los ojos la grandiosidad de nuestra naturaleza (segun su destino), demostrándonos al propio tiempo el desacuerdo de nuestra conducta con ella, y por tanto destruyendo nuestra soberbia, es natural para la mas vulgar razón humana, que fácilmente puede comprenderla. ¿No ha notado todo hombre, medianamente honrado siquiera, que se abstiene de decir una mentira, casi inocente, que podría sacarle de un compromiso ó reportar utilidad á un amigo querido y digno, únicamente por no aparecer en secreto despreciable á sus propios ojos? Cuando un hombre probo se ha encontrado en frente de la mayor desgracia de su vida, que pudo haber evitado con solo desviarse de la senda de su deber, ¿no le fortalece, por ventura, el convencimiento de que en su persona y en su dignidad ha conservado y honrado á toda la humanidad y de que no tiene motivo alguno para avergonzarse de sí mismo ni para temer la voz interna de su conciencia? Este consuelo no es toda la felicidad, pero tampoco es la parte mas pequeña de ella, pues nadie deseará para sí una ocasión de proceder de esta suerte ni quizás tampoco de vivir en tales circunstancias; pero existe, y no puede consentir en aparecer á sus propios ojos indigno de la existencia. Esta tranquilidad interna es efecto de un respeto hácia algo muy distinto de la vida, antes bien la vida comparada y contrapuesta á ella apenas tiene valor alguno, á pesar de sus atractivos. Vive solo del deber, y no porque encuentre el menor gusto en la existencia. De esta suerte ha sido creado el verdadero impulso de la razón puramente práctica, que no es sino la ley puramente moral en tanto que nos permite explorar la magnitud de nuestra propia existencia suprasensible. - La respetabilidad del deber nada tiene que ver con los goces de la vida, pues el deber posee su ley y su tribunal propios, y por mas que se les quiera agitar para que mezclados uno y otro, á manera de remedios terapéuticos, sanen el alma enferma, vuelven á separarse en seguida, y si no se separan, el

deber no produce efecto alguno; aun cuando la vida física gane con ello algunas fuerzas, la moral parece sin remedio.»

En estos principios aparece condensada á nuestros ojos la moral de Kant en toda su implacabilidad, y por ser así los hemos consignado en este lugar. ¡Haz lo que debes! dice el precepto, que solo se recomienda por sí mismo y por su absoluta bondad: el cumplimiento del deber no trae consigo ningun premio que halague; su incumplimiento no está tampoco amenazado de ningun castigo que amedrente y que, al evitarlo, dé ocasión á algun placer. Tú debes, porque debes, dice la doctrina, y has de cumplir el deber por el deber mismo. La conducta ajustada al deber no es un medio para llegar al fin, sino el fin mismo: el deleite ó el disgusto, la alegría ó el dolor no entran aquí para nada, y ni siquiera debe tener influencia el placer moral que se deriva de la convicción de haber cumplido fielmente los deberes. El simple hecho de pensar en ello podría desvirtuar la acción y profanar su intención.

Es, pues, ésta una doctrina rígida, contundente y fría como la de Calvino respecto del decreto de Dios sobre la condenación y la salvación eternas, pero también varonil, heroica y de irresistibles atractivos para hombres como Kant dotados de un carácter enérgico.

Una generación á cuyos ojos se agolpaban continuamente las lágrimas de ternura y á la cual debía demostrarse que entre el fantasear sentimentalmente y el proceder bien existía una inmensa distancia, necesitaba este lenguaje áspero para que su alma varonil despertara del sueño en que estaba sumida y para evitar que el espíritu de la juventud se afeminara. El modelo de esta doctrina, á pesar de su forma ruda, no podía temer comparación alguna. El rey Federico había sacrificado en aras de su deber el sueño juvenil del «rey pífico» que el Telémaco de Fenelon (2) habia engendrado en su fantasía; y en ruda lucha con el inconmensurable amor que por la libertad sentía su alma de pensador y de artista, fué soldado, guerrero y general porque así lo exigía su Estado, porque quería todo lo que debía y porque el genio puede todo lo que quiere formalmente, una vez convencido de que debe hacerlo. La vida del rey fué un único y continuo sacrificio, una manifestación inmensa de la lucha y del trabajo por los demás con completo olvido de sí mismo. ¡Cuán prácticamente filósofo era este rey que decía: «No es necesario que yo viva, pero sí que yo trabaje mientras viva!» Sus diálogos con Catt nos demuestran hoy mas claramente que sus cartas á D'Argens cuán contento estaba el general mas temido de su tiempo en medio de su sangriento trabajo, cuán caro costaron á su vida interna las tormentas y coacciones de su vida externa y qué marcial sentimiento del deber y de la responsabilidad le mantenía, á pesar de sus inclinaciones y contra las necesidades de su corazón, sujeto á una lucha en la cual no buscaba gloria ni grandeza sino que procuraba evitar el aniquilamiento de su patria y esperaba de un día á otro la lucha mortal que el destino le deparara. Luchaba, no por el gusto de hacer la guerra, como lo hizo despues Napoleon, que no podía licenciar su innumerable ejército ni dejarlo inactivo; para él la guerra era el medio necesario para hacer respetar su derecho y defender su Estado, y el aceptarla cuando se le imponía, especialmente en posteriores tiempos, significaba una suspensión de todo punto involuntaria del trabajo de paz en pro del bienestar de su país, trabajo que con orgullo era el primero en acometer y que llevándole hasta el sacrificio consumió las últimas fibras de su energía.

Una idea universal de índole muy distinta se aprestaba

(2) Bratuscheck: *La educación de Federico el Grande*, Berlin, 1885, págs. 27-28.

(1) Obras, tomo VIII, págs. 214-217.